



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



Núm. 50.

JUEVES 19 DE FEBRERO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

SOBRE LA ANTIGÜEDAD DEL ESTADO ACTUAL DEL GLOBO.—CARDILLAC EL JOYERO. (Continuacion).—ARMIDA Y REINALDO.—LA DISTRIBUCION DE LA LUZ EN LA TIERRA.—LA TOMA DE NAPOLES POR LOS ESPAÑOLES.—FABULA: LA PELI-NEGRA Y LA PELI-RUBIA, por Miguel Agustin Principe.—EL POLVORIN DE CREMA: episodio histórico, por Angela Grassi.—LA ARAÑA Y LA MOSCA: (traduccion del inglés), por Melchor de Palau.—LA EDUCACION DE LAS SERPIENTES.—PENSAMIENTOS.

SOBRE LA ANTIGÜEDAD

DEL ESTADO ACTUAL DEL GLOBO.

Es una cuestion tan agitada como curiosa la de saber cuáles la antigüedad del estado actual de nuestro globo. Algunos piensan y dicen que esta antigüedad es muy grande, haciéndola subir algunos millares de años; pero sin duda se debe creer que por mucho que se haga, solo podrá hacérsela ascender á unos cinco ó seis mil años. La geología y la historia lo prueban de un modo bastante convincente.

El globo ofrece por todas partes claros testimonios de muchas revoluciones. Los restos orgánicos enterrados en sus capas, presentan caracteres visibles de épocas diferentes. Segun que las formaciones son mas ó menos distantes de la superficie de la tierra, y de consiguiente mas ó menos antiguas, sus fósiles pertenecen á unas especies diversas y solo mas ó menos alterados.

El estado bastante fresco que presentan los restos animales enterrados en la capas marítimas mas inmediatas á la superficie, prueba que la última revolucion terrestre no sube á una época muy lejana.

La observacion de los hundimientos de las montañas y la del aumento de las dunas y aluviones, conducen al mismo resultado. Se ha notado por espacio de algunos años el aumento que tienen los aluviones de ciertos rios, y comparando la cantidad observada con la totalidad de los aluviones anteriores, se han obtenido unos resultados que no han hecho subir estos aluviones á mas de cinco ó seis mil años.

Se han hecho observaciones y cálculos semejantes para los declives de los montes, y tambien se ha reconocido que su origen no podia subir á mas de cinco á seis mil años. El ingeniero francés Bremon tier, que publicó una memoria sobre la fijacion de las dunas, estimaba su curso anual en 60 piés, y sobre ciertos puntos 72. Segun sus cálculos, no necesitarian mas que dos mil años para llegar á Burdeos, si no se les oponia obstáculo alguno; segun su extension actual debe haber un 5,000 años que han empezado á formarse.

Los efectos del viento Oe. te sobre los terrenos cultivables del Egipto son un fenómeno del mismo género que las dunas. Las arenas estériles de la Libia, arrojadas por este viento, han invadido, desde la conquista del pais por los mahometanos, ciudades y aldeas de Egipto cuyas ruinas aparecen. Se ven salir al través de esas arenas las puntas de los minaretes de algunas mezquitas. Si hubiesen sido echadas sobre el Egipto, ya nada quedaria entre la cordillera líbica y el Nilo, pues su curso rápido habria sin duda llenado todas las partes estrechas del valle.

Los hornagueros, producidos generalmente en el Norte de Europa por la acumulacion de los restos de *sphagnum* y otros musgos acuáticos, pueden tambien servir de cronómetros. Se elevan en proporciones determinadas para cada lugar, y así envuelven los cerrillos de los terrenos sobre los cuales se forma: aun hay recuerdo de cuando fueron enterrados muchos de aquellos cerrillos. En otros lugares los hornagueros siguen la pendiente de las cañadas; avanzan como los ventisqueros, con esta diferencia, que los ventisqueros se derriten por el borde inferior y los hornagueros no se derriten por nada; sondándolos hasta el terreno sólido se juzga de su antigüedad. Así se ha encontrado que tampoco pueden subir á una época indefinidamente remota. Por lo tanto la naturaleza nos habla en todas partes el mismo lenguaje, y siempre nos responde que el orden actual de las cosas no tiene un origen muy lejano.

Ademas la historia nos confirma los resultados obtenidos por el exámen de los fenómenos naturales. En efecto, aunque á primera vista las tradiciones de algunos pueblos antiguos parecen contradecir la novedad del mundo actual, cuando se examinan de mas cerca estas tradiciones, pronto se ha reconocido que nada tienen de histórico, y que la verdadera historia y todo lo que esta nos ha conservado de documentos positivos sobre los primeros establecimientos de las nociones, no las hace subir mas que á una época que está mucho mas acá de los tiempos tradicionales.

La cronología de ninguno de los pueblos del Occidente no sube sin interrupcion á mas de 3.000 años. Ninguno de ellos nos ofrece antes de esta época una série de hechos unidos los unos á los otros con alguna verosimilitud. El norte de la Europa no tiene historia sino desde su conversion al cristianismo. La historia de la Inglaterra y la Galia no sube mas allá de las conquistas de los romanos. La de la Italia septentrional antes de la fundacion de Roma está todavia casi ignorada. Los griegos confiesan no saber el arte de escribir sino desde que los fenicios se lo enseñaron treinta y tres ó treinta y cuatro siglos hace. Mucho tiempo despues, su historia está aun llena de fabulas y no colocan á trescientos años mas altos los primeros vestigios de su formacion en cuerpo de pueblos.

No tenemos de la historia del Asia occidental mas que algunos extractos contradictorios que apenas comprenden si no veinte y cinco siglos de una manera un poco seguida: y admitiendo lo que se refiere de mas antiguo con algunos pormenores históricos, se llegaria apenas á cuatro mil años.

El primer historiador profano, cuyas obras nos quedan, Herodoto, no tiene 2,300 años de antigüedad. Los historiadores anteriores que él ha podido consultar no datan de un siglo antes de él, y las extravagancias que nos quedan estraidas del Aristeo, de Protopos y algunos otros, pueden aun hacernos juzgar de

lo que eran ellos. Antes de los mismos solo habia poetas. Homero el mas antiguo de los que conocemos, no precedió á nuestra edad mas que de 2,700 á 2,800 años.

Cuando estos primeros historiadores hablan de los antiguos sucesos de su nacion ó de los de las naciones vecinas, no citan obras públicas, sino solamente tradiciones orales. Solo mucho tiempo despues de ellos se vieron aparecer unos pretendidos extractos de los anales egipcios, fenicios y babilónicos. Beroso no escribió sino el reinado de Seleuco Nicanor, cerca de 400 años antes de Jesucristo: Hierónimo en el de Antioco Soter, que es mas cercano á nosotros, y Manethon en el de Tolomeo Filadelfo, mas vecino todavia de nuestros tiempos.

Sanconiaton, autor fenicio, tanto si es verdadero como supuesto, no era conocido antes que Filon de Biblos hubiese publicado una traduccion del mismo, imperando Adriano en el segundo siglo despues de Jesucristo; y cuando se le hubiese conocido, no hubiera presentado para los primeros tiempos, como todos los autores de aquella época, mas que una teogonia pueril ó una metafisica desconocida, á fuerza de estar disfrazada bajo de alegorias.

Un solo pueblo nos ha dejado anales escritos en prosa antes de la época de Ciro, y es el pueblo judío. Los cinco primeros libros de la Biblia existen ciertamente bajo su forma actual mas de 2,800 años hace, pues que los samaritanos los reciben como los judios. Atribuyendo la redaccion del Génesis á Moisés, se sube á 500 años mas alto, es decir, á 33 siglos. Ni se puede dudar que sea el escrito mas antiguo que posee nuestro Occidente.

Esta obra, pues, y todas las que han aparecido despues, por mas extraños que fuesen sus autores á Moisés y á su pueblo, nos presentan las naciones de las orillas del Mediterraneo como nuevas, nos las muestran todavia medio salvajes algunos siglos antes; y en fin, nos hablan todos de una catastrofe general, de una irrupcion de las aguas que ocasionó una regeneracion casi total del género humano.

(Se continuará.)

CARDILLAC EL JOYERO.

(CONTINUACION)

Despues de hacerme esta pregunta empezó á referirme lo que habia sucedido en las habitaciones de la duquesa de Maintenon, cuando el rey os pidió vuestro parecer acerca de la súplica que le habian presentado pidiendo proteccion contra los asesinos nocturnos, añadiendo que aun antes de tener noticia de este suceso habia profesado siempre á la señorita de Scuderi el mas profundo respeto y la mayor gratitud y veneracion, y que vos estabais dotada de tales virtudes y talentos, que, por la primera vez de su vida, sentia una influencia que podia vencer la del destino maldito á que habia estado sujeto desde entonces. Mas aun, estaba tan animado de estos sentimientos que si la señorita de Scuderi, llevara en su persona los adornos mejores que jamás se hubieran hecho en su casa, el demonio que siempre le hablaba al oido no lo exhortaria esta vez á que tratara de recobrarlos. Por último, escuchad bien, Oliverio, me dijo, lo que he resuelto firmemente hacer. Meses atrás me encargaron un collar y unos brazaletes para la princesa Enriqueta de Inglaterra; no se me habia marcado precio alguno y salí en mi obra mucho mejor aun que lo que yo me habia creído en mis mejores esperanzas pero mi corazon se hacia pedazos al pensar que tenia que entregar estas joyas que mas que cualesquiera otras de las que he hecho, han sido el objeto de mi mayor afecto; vos sabeis como murió la princesa á manos de un asesino. Las joyas quedaron desde luego en mi poder sin que nadie las reclamara y ahora en prueba de mi veneracion y de mi gratitud, se las presentaré como un regalo de la supuesta cuadrilla de ladrones, á la señorita de Scuderi. Además de que por este medio recibirá una prueba lisonjera de su

grande influencia sobre el rey, quiero al mismo tiempo espresar mi desprecio á Desgrais y á su séquito de alguaciles. Vos, pues, Oliverio sereis el portador de este presente á la señorita, y mientras mas pronto lo reciba mejor será.

Desde que pronunció vuestro nombre por la primera vez me pareció como si me hubieran quitado un oscuro velo, y volví á tener en toda su brillantez las deliciosas esperanzas y los planes de mis primeros años. Cardillac observó tal vez la impresion que me habian causado sus palabras y las interpretó á su manera.

—Parece, dijo, que aprobais mi intencion; puedo aseguraros que una voz interior muy diferente de la que hasta aquí me ha impulsado como un ave de rapiña, de un crimen á otro, me ha inducido ahora á esta buena accion. Muchas veces estoy sujeto á ideas estrañas que se me presentan como un aviso de otro mundo, como el temor de algun acontecimiento terrible, y sin embargo desconocido que se apodera de mí de un modo tan violento que no puedo desecharle. En estos momentos me parece que esos delitos en los cuales soy el agente de un destino maligno é irresistible pueden pesar sobre mi propia alma inmortal, aunque á la verdad esta no parece tener culpa alguna. Con tales ideas he resuelto hacer una hermosa corona de diamantes para la Santa Virgen de la iglesia de San Eustaquio; pero en vez de sentir alivio por este designio, cada dia tengo un terror mas indescriptible, y una agitacion que me trastorna, y aunque muchas veces he empezado el trabajo no he podido continuar en él, y al fin me he visto obligado á dejarle del todo. Al presente me parece como si con corazon humilde y constricto llevase una ofrenda al altar de la virtud y de la piedad, y debiera obtener la mediacion de un santo en mi favor, enviando á la señorita de Scuderi el adorno mas delicado que he podido hacer jamás. Cardillac que estaba informado de la manera que viviais, me indicó entonces de qué modo y á qué hora tenia que entregaros las joyas que me dió metidas en una elegante caja. Mis sentimientos en este instante estaban, por decirlo así, exaltados, y me hallaba casi fuera de mí porque creia que la Providencia me habia mostrado aun valiéndose del perverso Cardillac los medios de escaparme de la horrible esclavitud en que habia sufrido tanto tiempo. Tales eran mis pensamientos ocultos, y contra todos los planes y deseos de Cardillac determiné presentarme á vos. Como hijo de Ana Brusson y vuestro antiguo protegido, pensé arrojarle á vuestros pies y revelaros todo lo que habia sucedido, sabiendo perfectamente que por vuestro bondadoso corazon hubierais guardado el secreto mas inviolable por no perjudicar á Magdalena. Aun sin necesidad de publicar su culpa al mundo, yo tenia la firme creencia de que vuestro poderoso talento hubiera hallado algun medio de detener á Cardillac en su carrera criminal y de libertarnos de su tiranía á Magdalena y á mí; mi imaginacion estaba demasiado confundida para poder conjeturar cuáles serian estos medios, pero como quiera que fuese yo tenia la mas implicita confianza en vos. Es inútil repetir que mis planes nocturnos quedaron frustrados aunque traté por todos los medios posibles de que Martiniere me introdujera en vuestra habitacion para hablaros, porque yo no encontraba un momento mas oportuno que aquel.

Súbitamente Cardillac pareció haber perdido la alegría y buen humor que habia tenido en un principio; iba de habitacion en habitacion silencioso y sombrío, lanzaba miradas vagas y estendia sus brazos como si los espectros ó los demonios le asaltaran en aquel instante; era evidente que su espíritu estaba agitado por algunas malas tentaciones. Una mañana, particularmente, habia estado de este modo durante horas enteras, por fin se sentó delante de su mesa de trabajar como si fuera á empezar su acostumbrada tarea diaria, pero no bien hubo empezado cuando se levantó con violencia diciendo en voz ronca y cavernosa: desearia de

todo corazon que Enriqueta de Inglaterra hubiera vivido y hubiese llevado mis joyas. Estas palabras me inspiraron el mas profundo horror, porque conocí que su espíritu estaba trabajando bajo la misma influencia que le habia conducido á sus crímenes anteriores, y que la voz del mismo Satanás se hacia sentir en sus oidos. Ví que vuestra vida estaba amenazada por este asesino desalmado, pero al mismo tiempo tenia la completa seguridad de que si las joyas se hubieran vuelto á hallar en su poder, vos hubierais sido perdonada. Cardillac me vigilaba tan cuidadosamente que apenas me perdía de vista un instante; sin embargo, resolví á costa de cualesquiera riesgo ir á vuestra casa, cuando una mañana afortunadamente os encontré en el Puente Nuevo, y atravesando á viva fuerza por la multitud, os arrojé el billete que ya tenia escrito, y en el que os suplicaba que devolviérais las joyas á Cardillac. Vos no vinisteis ni enviasteis á nadie á su casa, y mis temores se aumentaron casi hasta trastornarme el juicio, cuando al dia siguiente Cardillac no hablaba mas que de unas ciertas joyas las mejores que podia tener cualquiera en el mundo, que habian estado en su poder, y que las habia tenido presentes en su memoria durante toda la noche. Yo no tuve duda alguna de que aludia á vuestro collar y á vuestros brazaletes, y era desde luego cierto que tenia ocupada su imaginacion con algun plan de asesinato, que segun todas las probabilidades trataria de poner en planta aquella misma noche, por lo cual yo me determiné á protegeros, aunque fuera á costa de la vida de Cardillac; así que cuando él hubo leído como de costumbre su oracion nocturna, y se retiró á su habitacion, yo salté por una ventana al patio, pasé por la abertura de la estatua y me coloqué á corta distancia, quedándome en la sombra cuanto me era posible. No habia pasado mucho tiempo cuando Cardillac vino con pasos ligeros y cautelosos. Del mismo modo que la primera vez que descubrí su criminal conducta, yo iba entonces detrás de él y mi corazon latió con violencia cuando ví que se dirigia hácia la calle de San Honorato; llegamos á ella efectivamente y de pronto desapareció; allí no pude ver donde se habia colocado, y esto fue un gran mal. Pensé situarme á vuestra misma puerta como un centinela; pero precisamente como la primera vez vino un oficial vestido con lujo silbando y cantando, el cual pasó á mi lado sin llegar á verme. Casi en el mismo instante la oscura figura del diabólico Cardillac se adelantó, y hallándome yo determinado á impedir si era posible este asesinato, me adelanté en el momento mismo en que se batian; á pesar de lo corta que era la distancia llegué demasiado tarde, pero esta vez el resultado del combate habia sido muy diferente, no fue el oficial sino Cardillac el que cayó muerto al suelo sin pronunciar ni una sola palabra. El oficial dejó caer la daga que tenia aun en la mano cuando yo llegué, sacó su espada y se puso á la defensiva, creyendo sin duda alguna que yo era algun cómplice del asesino, pero viendo que yo me cuidaba únicamente de la víctima, dió una vuelta y sin decir una palabra echó á andar apresuradamente. Cardillac vivia aun y con muchos esfuerzos y trabajo pude llevarle á casa sobre mis hombros atravesando por el paso secreto hasta dejarle en su cuarto.

Lo demás lo sabeis ya, y no es necesario hablaros de ello. Ya veis, pues, señorita, que mi único delito consiste en no haber tenido suficiente firmeza y resolucion para delatar al padre de Magdalena á los oficiales de justicia y poner así un término á sus asesinatos. En todo lo demás soy completamente inocente, pero no hay tormento alguno que me obligue á descubrir la verdad, única cosa que podria absolverme ante la justicia. La voluntad misericordiosa de la Providencia ha sido la que ha tenido oculta para Magdalena, por lo tanto no seré yo jamás, ni aun para salvar mi vida, el que vaya á descender el velo en que está oculto el verdadero carácter de su padre.

¿Podría yo soportar la idea de que viera sacar de la tumba los huesos de un padre á quien ha amado y respetado tanto para que fueran quemados en la plaza de la Greve por mano del verdugo? No, mi querida Magdalena llorará por mí como por una persona que muere inocente, y el tiempo irá aliviando su tristeza; por el contrario, si ella llegara á saber toda la verdad, el golpe sería para ella tan insoportable que tal vez la haría volverse loca, y en todo caso jamás llegaría á recobrar la tranquilidad de su espíritu.

Oliverio al llegar aquí se echó á llorar violentamente, y arrodillándose ante la señorita de Scuderi imploró su compasión.

—Estais convencida de mi inocencia, la dijo, ¿ya sabía yo que sucedería así! pero tened piedad de mis sufrimientos y decidme cómo está Magdalena.

La señorita de Scuderi no dió contestación alguna, sino que tiró de la campanilla para que se presentase la Martiniere, y un momento después Magdalena estaba en los brazos de su amante. Ahora estoy bien otra vez, le decía, porque vos estais aquí; yo estaba segura que esta noble señorita hallaría medios de ponerme en libertad. La pobre muchacha no hacía mas que repetir mil espresiones de alegría y de confianza, y el mismo Oliverio parecía completamente dichoso habiendo olvidado su verdadera situación y la suerte cruel que le aguardaba. Ambos describieron en los términos mas conmovedores los sufrimientos que habían tenido, se abrazaron otra vez, y sus lágrimas de placer se unieron nuevamente.

Aun cuando la señorita de Scuderi no hubiese estado convencida de la inocencia de Brusson, esta escena hubiera bastado para convencerla de un modo completo. No, se decía á sí misma, diga lo que quera La Regnie, no son culpables ni uno ni otro; únicamente los corazones que están completamente libres de los tormentos de una conciencia culpable son los que en las delicias de un amor mútuo, olvidan el mundo con todas sus miserias é infortunios.

En este momento los primeros rayos de la luz de la mañana penetraron por la ventana, y Desgrais tocó suavemente á la puerta de la habitación, recordando que era ya tiempo de llevar á Brusson, porque mas tarde no podría hacerse sin llamar la atención. Los amantes se tuvieron que separar, y la despedida fue tal, que el corazón mas duro no hubiera podido contemplar esta escena sin conmovirse.

VIII.

La señorita de Scuderi quedó completamente persuadida de la inocencia de Brusson, pero los tristes preliminares de la suerte que le aguardaba se volvieron á presentar con violencia á su imaginación apenas hubo marchado el preso; veía con profundo dolor al hijo de su querida Ana Guiot, metido en un laberinto tal que la parecía casi imposible el poderle salvar. Admiraba el valor heroico del joven, que quería mejor morir acusado de delitos que no había cometido, que descubrir un secreto que según creía, hubiera producido en el ánimo de su amante la desesperación y la locura, mas aun que podría hacerlo su propia muerte. En estas circunstancias no podía encontrar en los límites de lo probable medio alguno para que Oliverio pudiera evitar la cruel sentencia que iba á pronunciarse contra él; pero como quiera que fuese, ella no debía vacilar en hacer cualquier esfuerzo ó sacrificio para ver si podía evitarse un acto de tan horrible injusticia. A consecuencia de esto puso su imaginación en el tormento con mil planes diferentes, algunos de los cuales eran bastante románticos y extravagantes, hasta que al fin todos fueron desechados por impracticables. Los rayos de su esperanza fueron siendo cada vez mas débiles, é indudablemente hubiera quedado del todo desalentada si no hubiera sido porque la ilimitada y casi filial confianza de Magdalena en ella y el entusiasmo con que hablaba de su amante, á quien quería que declarasen ahora libre de toda

acusación, hacían que se sostuvieran vivas su simpatía y su interés, aunque mientras tanto sentía herido su corazón por la certeza que tenía de la imposibilidad en que se hallaba de realizar aquellas esperanzas.

Con el fin de probar algun medio, la señorita de Scuderi escribió una larga carta á La Regnie, en la que le informaba de que Brusson la había probado, del modo mas evidente, su inocencia respecto del asesinato de Cardillac, y que únicamente su heroica resolución de llevar consigo el secreto á la tumba era lo que le había impedido al presentarse á los jueces hacer una revelación tal, que le hubiera libertado de una vez de toda sospecha y echado la odiosidad sobre otra persona que está considerada como completamente exenta de todo vituperio. Al escribir esta carta, la señorita de Scuderi puso en juego todos los argumentos que la podían sugerir su celo y su elocuencia, con el fin de ablandar el corazón de La Regnie; pero después de un intervalo de media hora, recibió la implacable contestación, en la que la manifestaba que había tenido un gran placer al saber que Brusson se había justificado tan completamente en la opinión de su noble y benévola protectora, pero que en cuanto á la heroica resolución del joven de llevar consigo su secreto á la tumba, sentía que en un caso de esta clase en el que un criminal había sido regularmente encarcelado, no le era posible aprobar tal heroísmo; que por el contrario, la Cámara Ardiente emplearía sin duda alguna los medios mas fuertes que tenía en su poder para quitar este obstáculo, y esperaba que dentro de pocos días estaría en posesión de tan terrible secreto, el que indudablemente daría á conocer hechos extraordinarios.

La señorita de Scuderi sabía demasiado á qué medios aludía el severo La Regnie, y por qué camino esperaba romper la resolución del preso. Era, pues, cosa segura que el desgraciado joven sería puesto en el tormento, y la carta que ella había escrito serviría mas bien para acelerar que para retardar esta medida. La señorita de Scuderi, hallándose en el estado de mas terrible agitación, conoció que para obtener alguna pequeña dilación sería necesaria la asistencia de un abogado. Por aquel tiempo Pedro Arnaldo de Audilly era el abogado mas célebre de París, y su profundo conocimiento de los deberes de su profesión estaban realzados aun por su honradez intachable y por su severa virtud.

La señorita de Scuderi, por lo tanto, se dirigió inmediatamente á su casa y le explicó la situación en que estaba colocado Brusson, en cuanto fue posible hacerlo sin descubrir claramente la criminalidad de Cardillac. Se había figurado que el abogado querría tomar á su cargo con gran celo la causa del desgraciado joven, pero se encontró amargamente engañada en cuanto á estas esperanzas. Audilly escuchó con tranquilidad todo lo que la señorita le dijo, y luego empezó á demostrarla con mucha calma que había los motivos mas graves de sospecha contra Brusson, y que el procedimiento de La Regnie no debía de modo alguno llamarse duro ni cruel, sino que era completamente conforme con la ley, y que á decir verdad, no podía proceder de otro modo sin faltar á sus deberes como juez, añadiendo además que por su parte no comprendía cómo podría salvarse á Brusson de la tortura, ni aun por medio de la defensa mas brillante que pudiera hacer cualquier abogado. Únicamente el mismo joven era el que podía llevar á cabo esto, bien por una confesión de su culpa, ó bien si era realmente inocente por una relación detallada de las verdaderas circunstancias que habían producido la muerte de Cardillac, dando al mismo tiempo algunas razones que pudieran servir para su defensa. Entonces, dijo la señorita de Scuderi con voz ahogada y prorumpiendo en lágrimas, entonces me echaré á los pies del rey y le pediré que tenga misericordia. ¡Por el amor del cielo! señorita, exclamó Audilly, no hagais esa prueba en la ocasión presente. Reservad ese último resorte, que si os faltara,

todo sería perdido para siempre. El rey no quiere mostrar jamás clemencia con un criminal de esta clase, porque haciéndolo así se atraería sobre sí el odio mas implacable de las gentes que ven todas las noches su vida en peligro si se aventuran á salir á la calle. Es posible que Brusson mismo cambie de opinión, y por medio de una confesión parcial ó plena halle medios de interesar los jueces en su favor.

La señorita de Scuderi se vió obligada á someterse al parecer del docto abogado, y volvió á su casa con el ánimo muy abatido. Se encontraba en la imposibilidad de apartar su imaginación de este asunto, y aquella misma noche estaba sentada en su cuarto á última hora, implorando uno por uno á todos los santos del calendario para que la inspirasen un medio á propósito que pudiera salvar al desgraciado joven, cuando la Martiniere entró anunciando una visita del conde de Miossen. Este noble era muy conocido en la corte como coronel de la guardia de honor del rey, y habiendo pedido con mucha vehemencia que le permitieran hablar un momento con la señorita, su demanda fue satisfecha como era de esperar.

—Perdonadme, señorita, dijo el conde haciendo una reverencia con una gracia y una política militar, perdonadme si vengo á molestaros á una hora inoportuna, pero nosotros los militares no tenemos el tiempo á nuestra disposición; además algunas palabras abogarán en mi favor. Es por vuestro protegido Oliverio Brusson por quien he venido aquí.

—¡Oliverio Brusson! dijo la señorita de Scuderi manifestando la mas extraordinaria atención ¿qué teneis que decir de ese joven que es el mas desgraciado de los mortales?

—Pensaba, en efecto, dijo el conde de Miossen con una sonrisa, que el nombre de este joven me proporcionaría una acogida favorable, porque aunque todo el mundo está convencido de su culpa, yo estaba cierto de que vos teníais una opinión diferente, que según dicen está fundada en las mismas declaraciones del preso. Conmigo, sin embargo, el caso es de todo punto diferente, y nadie, ni aun el mismo Brusson, puede estar mas cierto que lo estoy yo de que ese joven es completamente inocente en cuanto á la muerte de Cardillac.

—¡Gran Dios! ¡señor conde! exclamó la señorita de Scuderi, cuyos ojos brillaron de alegría, ¿cómo habeis obtenido tales informes? ¡hablad, os lo ruego!

—Mi contestación está dicha en dos palabras, dijo el conde con énfasis; *fui yo*, yo mismo quien hirió mortalmente al anciano joyero en la calle de San Honorato, no lejos de vuestra casa.

—¡Los santos nos amparen! exclamó la señorita de Scuderi; ¿vos, vos efectivamente? Eso es imposible.

—No señorita, dijo el conde, y os juro que lejos de considerar esta acción como un crimen creo que con ella he hecho un servicio especial á toda la ciudad de París y que merezco las gracias de todos sus habitantes. Puedo aseguraros que Cardillac era el mas depravado y el mas hipócrita de todos los malvados y que él solo era quien cometía esos robos y esos horribles asesinatos, escapando como por milagro á todos los lazos que se le tendían. No puedo decir apenas por qué causa se despertaron por primera vez mis sospechas contra este viejo perverso, pero cuando oí sus rarezas, como las llamaban, supuse que había algo malo en su carácter. Sucedió, pues, que una vez vino á verme con una agitación visible, para entregarme un aderezo que le había encargado que hiciera y al recibir su importe deseó saber para quién destinaba yo aquel regalo. Le contesté con desprecio é indignación, pero después del modo mas artificioso supo sonsacar á mi criado de confianza, para saber á qué hora iba yo á visitar á cierta señora. Antes de esto se me había ocurrido como cosa muy notable que las personas asesinadas que se encontraban diariamente en las calles, tenían todas la misma clase de herida hecha aparentemente por una misma arma. Yo estaba cierto

de que el asesino debía estar bien práctico en dar este golpe que producía una muerte instantánea y que debía por lo tanto contar con certeza respecto al buen éxito; ahora bien, si este golpe no surtía efecto, entonces el combate debía de ser con iguales probabilidades. Esto me hizo pensar en precaverme de un modo tan sencillo que me chocaba que no se les haya ocurrido á otros que habían salido por la noche sabiendo ya el peligro que los aguardaba;

en una palabra, me puse una ligera cota de malla debajo de mi ropilla y salí á la calle á la hora que mi criado había dicho á Cardillac que era el momento acostumbrado para mis citas nocturnas. Cuando estuve cerca de la casa de la señora á quien iba, Cardillac como yo me había figurado, se lanzó sobre mí, atacándome por detrás; me cogió por los brazos con una fuerza hercúlea, pero el golpe que me dirigió esperando que fuera mortal como de cos-

tumbre, no me hizo daño alguno porque la punta del arma que usaba resbaló en la cota de malla; en el mismo momento me desprendí de él y le hundi en el corazón mi daga que ya tenía preparada en la mano derecha.

—Y habeis permanecido en silencio, dijo la señorita de Scuderi, sin dar parte de esas verdades á la Cámara ardiente?

—He permanecido en silencio, contestó el conde de Miossen, porque como podeis figu-



Armida y Reinaldo.—Episodio de la *Jerusalén Libertada*.

raros una noticia tal si no traía la ruina sobre mi propia cabeza, me hubiera envuelto por lo menos en un terrible proceso. La Regnie, que sospecha que es culpable é hipócrita todo el hombre con quien tropieza, ¿me hubiera creído á mi si yo hubiese acusado á Cardillac de tentativa de asesinato, cuando consideraba á este hombre como un modelo perfecto de regularidad y de devoción? ¿No hubiera atraído yo mas bien por este medio la espada de la justicia sobre mi cabeza?

—¡Imposible! exclamó la señorita de Scuderi, vuestro nacimiento y vuestro rango os ponen á cubierto de tales acusaciones.

—¡Oh! replicó el conde de Miossen, olvidais entonces al mariscal de Luxemburgo que una vez que tuvo el capricho de que Le Sage le dijera cual iba á ser su suerte suscitó contra él la sospecha de que deseaba envenenar á todas sus relaciones y le encerró en la Basti-

lla á consecuencia de ello. ¡No, por San Dionisio! No quería entregar ni por una hora mi seguridad personal en manos de la Regnie; no tengo duda alguna de que si dependiera de su propia voluntad, pondría las cabezas de todos nosotros en el tajo sin dilación ni distinción alguna.

—Pero cualquiera que sea el carácter de La Regnie; dijo la señorita de Scuderi, ¿podeis pensar de tal modo que dejeis que lleven al cadalso al inocente Brusson?

—¿Inocente? dijo el conde; ¿podeis aplicar ese epíteto al amigo y cómplice del diabólico Cardillac? ¿Inocente un hombre que ayudaba sin duda alguna al asesino en todos sus crímenes y que por lo tanto ha merecido mil veces la muerte que ahora le espera? No en verdad; irá con razón al cadalso; no es por deseo de salvarle por lo que yo hago estas revelaciones; mas sin embargo si vos podeis al mismo tiem-

po emplear en provecho de vuestro protegido lo que acabo de deciros, si por lo menos se pueden imaginar medios para salvarle del tormento, me alegraré de ello puesto que sé que esto sería un placer para vuestro benévolo corazón.

Se concluirá en el próximo número.

ARMIDA Y REINALDO.

¿Quién no conoce los mas interesantes episodios de la *Jerusalén libertada*. Torcuato Tasso, poeta italiano, nacido en Sorrento, ciudad del reino de Nápoles, fue autor de este celebrado poema. Ofrece tanto interés como grandeza, enlazándose armoniosamente todos los episodios desde los mas dulces y melancólicos hasta los mas rudos y terribles. El Tasso tuvo muchos enemigos, y hasta llegó á ser considerado como



Danza mimica del os salvajes.— Véase la página 174.

un mal poeta, pero al fin se le concedió la gloria que merecía, y el mismo papa Clemente VIII quiso coronarle públicamente. Los amores de Armida y Reinaldo, la historia de Olinda y Sofronia, los diez príncipes cristianos metamorfoseados en peces, con otros asuntos no menos interesantes, mezcla de ideas paganas y cristianas, todo concurre, junto con la hermosura de la lengua italiana para dar elegancia y magestad al poema. Otras poesías escribió el Tasso, si bien todo su nombre lo debe principalmente á *La Jerusalem libertada*.

LA DISTRIBUCION DE LA LUZ

EN LA TIERRA.

Vamos á indicar las principales consecuencias que respecto á la distribucion de la luz y á la duracion de los dias y de las noches en el globo, resultan del aparente movimiento del sol.

Entre el equinocio de la primavera y el solsticio de estío, el dia es casi igual á la noche, bajo el ecuador: de manera que en este tiempo, el habitante de Quito, en la embocadura del rio de las amazonas; el de las orillas del Gabon en Africa; el de Juba en la costa de Zanguebar; el de Padang en la isla de Sumatra; etc., disfrutan de 12 horas de dia y 12 de noche.

A medida que se aleja uno del ecuador y se adelanta hácia el hemisferio boreal, la diferencia entre el dia y la noche se hace cada vez mas sensible; las noches van siendo progresivamente mas cortas, y los dias alargan en proporcion, á 17° de latitud Norte: bajo el paralelo de la Martinica, del Senegal, de Moka, de Goa, de Manila, etc., el dia mas largo es de 13 horas. Dura 14 horas á 30° de latitud Norte, es decir, en Nueva Orleans, en los oasis del Sur de la Argelia, en Suez, en Lhasa, capital del Thibet, en Nankin, etc. Es de 15 horas, á 42° de latitud Norte aproximadamente, en Boston, Roma, Madrid, etc., y de 16 horas, poco mas ó menos, en París, por 47° de latitud.

Partiendo del ecuador, es menester

avanzar 17° de latitud hácia el trópico para notar la diferencia de una hora entre el dia mas largo y el mas corto. Estas diferencias, como ha podido observarse, son mas notables entre puntos mucho mas próximos, á medida que se camina hácia el Norte: así sucede, que entre París y Edimburgo que solo distan unos 7° de latitud, hay una hora de diferencia en la duracion de su dia mas largo.—A 4° mas el Norte, se encuentra San Petersburgo, donde el dia mas largo dura 18 1/2 horas.—Al Sur de Islandia, tiene 10 horas y al Norte de esta misma isla, es de 24 bajo el círculo polar, el cual pasa cerca de Tornea, Suecia; por la embocadura del Obi, en Siberia, y por el gran lago del Oso, en la América inglesa.

Al Norte de esta línea está la zona que pudiera llamarse la *region de las tinieblas*, porque no lejos de ella se encuentra el pais, donde la noche y el dia son mas largos, durando alternativamente un mes, y eso sin salirse del continente europeo. En la punta setentrional

de la Noruega, por 71° de latitud, se halla Wardehuns, el punto mas setentrional del globo, y Hammerfest, ciudad de comercio situada muy cerca del cabo Norte; en estos límites extremos del mundo habitado, el dia mas largo es de dos meses.

El dia de tres meses, en nuestro hemisferio, reina en la isla de Bear ó Cherry y al Norte de la Nueva Zembla, á los 73° de latitud próximamente. Haremos notar que estas islas, encerradas casi todo el año entre los hielos, no están habitadas mas que por morsos, zorros azules y osos blancos. En fin, el dia dura cuatro meses en el Spitzberg, situado un poco mas al Norte.

El mar que se estiende de Spitzberg al polo, es apenas conocido; entre los intrépidos navegantes que han intentado explorarlo debe citarse el capitán Parry que avanzó en 1827 mas allá de los 83°, es decir, á menos de 175 leguas del polo.

Si el polo boreal estuviese habitado, sus habitantes verian el dia del equinocio presentarse el disco del sol enteramente rojo, siempre en la línea del horizonte, y en el solsticio, este mismo disco se les apareceria brillando con todo el fuego que puede derramar sobre estos climas constantemente en el zénit de su carrera.

Referir lo que pasa en el polo austral del globo es mostrar el reverso de la medalla: las regiones antárticas están en pleno invierno, y todos los puntos contenidos en los límites del círculo polar, las tierras de Graham, de Luis Felipe, de Enderby, Sobrina, Adelia, Victoria, etc., recientemente descubiertas, y poco conocidas aun, están cuando luce el sol en otras partes sepultadas en una noche profunda y sin interrupcion; hallándose ademas cubiertas de espesas capas de hielo, que desprendidas por los vientos y las corrientes, son arrastradas en forma de bancos flotantes hasta las aguas del cabo de Hornos, y aun del de Buena Esperanza, donde causan algunas veces grandes perjuicios á la navegacion ocasionando naufragios en que los marinos y los viajeros sufren terriblemente.



El Gran Capitán.

LA TOMA DE NÁPOLES POR LOS ESPAÑOLES

Cuando el Gran Capitan acababa de obtener completas victorias sobre los enemigos de España en Italia, no pudo ya dudarse de que la importante plaza de Nápoles caería pronto en poder de los ejércitos españoles. La batalla de Cerinola abrió las puertas de aquella ciudad, sometiendo la Calabria y la Pulla, y mientras pereció en ella el general francés con 4,000 de sus soldados, el día 28 de abril de 1503, en cambio el Gran Capitan don Gonzalo Fernandez de Córdoba, solo perdió nueve hombres, tanta era su pericia militar y su buena estrella. Nápoles se rindió el 15 de mayo del mismo año, entrando en ella los españoles, que tuvieron sin embargo que tomar por asalto los fuertes. Los vencedores recogieron un botín inmenso, y se dice que quejándose al Gran Capitan de su escasa fortuna algunos soldados, les contestó: «Id á mi palacio y tomad todas mis riquezas»

FABULA.

LA PELI-NEGRA Y LA PELI-RUBIA.

Tenia el buen Montalvo en la cabeza pelo casado en desigual connubio, pues por una rareza de la Naturaleza, era de dos colores: negro y rubio,

Yo no sé, si el tener el tal mozuelo interpolado así todo su pelo, en su modo de amar influiría: solo sé que el pobrete deliraba por una peli-negra á quien amaba y una cabelli-rubia á quien quería. ¡Mas hay! ellas en tanto desdenábanle á duo, sordas ambas á su amoroso encarecido llanto.

La peli-roja le decía: «¡ay hijo! yo te amara, de fijo, con cabel'era cual la rubia mia; ¿pero con pelo así? ¡Virgen María! antes las tocas y la sarga elijo.»

—«¡Ay! decía á su vez la peli-negra: yo en mamá te daría madre suegra, cantando de mis bodas el alegre, si consiguiera verte con pelo negro todo y solo negro; ¿pero con pelo tal? ¡Antes la muerte! Al pobre mozo, aun cuando fuese roca claro está que al oír tales razones, se le saldría el alma á borbotones por oídos, nariz, ojos y boca.

—«¡Oh, cómo (les decía) mi voz trunca vuestro ingrato desden ¡Oh, cómo temo que el encendido fuego en que me quemo, es el mas peliagudo que hubo nunca! Bellas autoras de mi mal y enojos, ¿por qué en lugar de provocar mis ojos á formar con su llanto otro diluvio, no me dais semi-suegra y semi-suegro, una porque es mi pelo en parte negro, otra porque es mi pelo en parte rubio?»

Tan sentidas querellas ablandaron al fin el duro pecho de las dos hermosísimas doncellas, y compasivas al doncel miraron, y haciendo entrambas lo que mil han hecho, á idolatrarle á medias se prestaron.

—«¡Gracias!» grita Montalvo; y una zanca mueve gallardo, y á las dos se inclina, y una los pelos rubios le examina y los negros le arranca, mientras la otra á lo rojizo adversa y á su bella rival mostrando celos, le suprime también pelos y pelos; pero en rubio sentido: vice-versa.

En su amor escésivo se deja repelar el buen Montalvo; y entre una y otra me lo dejan calvo, y entre una y otra me lo pelan vivo.

Despojado ya al fin el pobre mozo hasta de cejas y naciente bozo, dicen ellas: «¡agur!» y de él se alejan; y él entonces esclama: «¡ay que me dejan, mientras yo, abandonado, Me quedo solo aquí, liso y pelado! Merecidos me están tales azares,

pues busqué en dos mujeres mi fortuna: si es tan espuesto apechugar con una, ¿qué no merece el que las tiene á pares?

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

EL POLVORIN DE CREMA.

EPISODIO HISTÓRICO.

Me pides un cuento, Enrique, y voy á contarte una historia. ¡Oh! no te burles de mí: es una historia de familia. Perdona si el amor y el orgullo me hacen tal vez cubrir con un prisma demasiado brillante á mi héroe: era mi abuelo, y estoy acostumbrada á rendir á su memoria un religioso culto.

La ciudad en donde yo saludé la luz del día, se llama Crema. Crema, *la del rico lino*, es una antigua plaza fuerte, que la república de Venecia tenía en el Milanesado, para guarecerse contra los ataques de los soberbios extranjeros, que tiranizaron sucesivamente la hermosa Lombardía.

Es una ciudad señorial, que cuenta casi tantos palacios como casas; está defendida por un castillo, cercada de un muro, separada de las fortificaciones exteriores por un foso de setenta pies, y se espeja en el caudaloso Sério, que fertiliza su campiña. mientras el Rhino y el Fontana la atraviesan murmurando.

Por lo demás su suelo y su cielo son de Italia, y no necesito encarecerte su mágica belleza. ¡Oh, florido rincón del mundo, cuánto anhelaría tener en tu recinto una humilde sepultura! ¡Yo te amo, Crema, y tu solo recuerdo hace asomar á mis ojos dulce llanto!

Es que allí creció mi madre, es que allí está mi familia, es que todos sus habitantes pronuncian con santa veneración el nombre de mi abuelo!

Se llamaba Cayetano de Vecchj.

En Italia, patria de los grandes amores, lo es también de los odios profundos é inextinguibles. Allí el sentimiento mas insignificante se convierte en pasión, y en pasión ciega y desastrosa.

Su padre, después de haber paseado triunfante por los mares, la enseña de San Marcos, como capitán de un navío de guerra, había sucumbido en una refriega contra unos corsarios argelinos, siendo tal su desventura, que la envidia, oscureciendo hasta la gloria de su muerte, no le permitió dejar por herencia á su tierno hijo mas que el deshonor, la miseria y el odio profundo que le profesaba su único hermano, odio nacido acaso de una sola palabra, de una sola mirada, pero que no era por eso menos furioso é implacable.

Ana, la triste viuda, que no había podido alcanzar una pensión para educar al hijo del que se había sacrificado por su patria, recurrió inútilmente á su cuñado, pues halló siempre cerradas las puertas de su corazón y las puertas de su casa.

Así la infeliz tuvo que hacer frente á las necesidades de la vida, con el exiguo fruto de su trabajo de hilandera, y es inútil decirte que la infancia de Cayetano fue rodeada de azares, lágrimas y privaciones.

Pero el jovencillo era tan bueno, tan dulce, tan amante, que recompensaba con usura á su madre de sus afanes, consagrándola toda su existencia, toda la ternura de su alma. Para Cayetano no había amistad, amores ni placeres; para él todos los afectos, todas las delicias estaban cifradas en evocar una sonrisa, en los pálidos labios de su madre.

En las floridas tardes de la primavera, siempre se le veía guiando su incierto paso por las márgenes del Sério; en las noches tristes del invierno, siempre se le hallaba sentado junto al hogar, leyéndola algún libro piadoso, mientras ella daba vueltas al huso, trocando en sutiles hebras los blancos copos de lino.

Pero no creas por esto que Cayetano estaba ocioso: no habiendo podido seguir una carrera, ni ser militar como hubiera querido por tener un ánimo generoso y esforzado, se dedicaba á

copiar hojas para los abogados, y á veces blanqueaba ya la aurora, y aun ardía la modesta lámpara con que alumbraba sus vijilias.

Y así madre é hijo, viviendo el uno en el otro, teniendo abrazada la misma cruz, caminaban resignados entre lágrimas y sonrisas por la espinosa senda de la vida.

Pero Dios quiso enviar á su santa resignación la última prueba. Ana cayó gravemente enferma; y su enfermedad consumió con una rapidez espantosa sus escasos recursos. Cayetano contrajo deudas, y pronto no halló quien le prestase.

Entonces, desesperado, fuera de sí, no escuchando mas que los impulsos de su filial cariño, se dirigió á la Ciudadela, de la cual era gobernador su implacable tío. Su tío no tenía hijos, y sin embargo ni aun quiso darle la limosna que se concede al infeliz mendigo. Tal vez su corazón le ordenaba otra cosa, pero su orgullo ahogaba los buenos impulsos de su alma. Cayetano volvió por tres veces, y por tres veces fue duramente rechazado.

La última volvió á su casa pálido, abatido, perdida toda esperanza. Su madre estaba mejor, pero no tenía ni un solo pedazo de pan que llevar á sus labios.

Sentóse al lado de su cama, y las horas trascurrieron lentas y silenciosas... La noche sobrevino, la enferma se adormeció. Se adormeció á pesar de que había estallado una espantosa tormenta, y el resplandor de los relámpagos, penetrando por entre las rendijas, iluminaba el aposento, y el estampido del trueno conmovía hasta los cimientos de la endeble casa.

Era la noche del 18 de agosto de 1780 (1), y por fortuna en esa época del año, las tempestades se forman y se disipan con la misma rapidez.

¡Ya los relámpagos eran menos frecuentes y los truenos mas lejanos, cuando Ana despertó!

—¡Oh, qué horrible tormenta, madre mia! exclamó Cayetano.

—¡Una tormenta! dijo la enferma; luego mi sueño no era un sueño!

—¿Qué es, pues, lo que habeis soñado?

—He visto junto á mi lecho á la Virgen de los Angeles, que llevaba en sus manos un candelillo lleno de rosas.

Los ojos de la Virgen iluminaban la estancia con un resplandor tan suave como el de la aurora al despuntar entre nubes de grana, y su sonrisa derramaba en torno consuelos y esperanzas... Y sonriendo, arrojaba rosas sobre mi lecho, con tanta profusión, que llegaron á cubrirlo enteramente. ¡Oh qué bellas eran! ¡Qué colores! ¡Qué perfumes se exhalaban de sus cálices aun cubiertos de rocío!

Entonces la Virgen habló, y su voz era tan armoniosa, que no hay armonías en la tierra que puedan comparársele.

—Estas rosas, dijo, son las buenas obras de Cayetano. Es su respeto, es su filial amor quien las ha producido, y por esto yo le amo!... Está pendiente sobre Crema pecadora la justa cólera del Eterno; pero yo he intercedido por ella y es tu hijo el escogido para hacerla comprender la misericordia divina!... La tempestad ruje sobre la ciudad culpable... Despierta, Ana, despierta, y dí á Cayetano que invoque mi nombre y que no tema...

Estas fueron sus últimas palabras, y me parece que su celeste voz aun resuena en mis oídos...

Largo tiempo hablaron madre é hijo del portentoso sueño, hasta que la primera volvió á adormecerse.

Entonces Cayetano fué á abrir la ventana. Eran las cuatro y la aurora tenía ya con su dorado reflejo las cimas de los montes y las puntas de los árboles.

Su modesta casita estaba situada en un extremo de la ciudad, cerca de *Porta Nuova*, en cuya parte exterior se alza un edificio que servía de depósito para la pólvora.

(1) Storia generale dell'anno 1780, pubblicata in Venezia, á spese di Francesco Pitteri.

Desde este edificio á la ciudadela, y al pabellón que ocupaba el gobernador, la distancia era muy corta.

Las miradas de Cayetano, que vagaban por la llanura, se detuvieron en el polvorín, y á pesar de la incierta luz del crepúsculo, creyó ver salir de uno de sus ángulos una ligera columna de humo, que subía rastreando hasta disiparse en los aires.

Fijó mas la atención, y se sintió penetrado de horror, al cerciorarse del inminente riesgo.

—¡Mi tío! ¡mi desgraciado tío! fue el primer grito de su alma noble y generosa.

Y se abalanzó á la puerta, bajó de cuatro en cuatro los escalones, salió á la calle, y corrió á la ciudadela gritando con voz estentórea.

—Fuego en el polvorín, ¡fuego! ¡fuego!

¡Oh, cómo pintar la escena de espanto y de desolación que tuvo lugar entonces! Todas las ventanas se abrieron simultáneamente, abriéronse todas las puertas, y los habitantes se precipitaron á la calle medio desnudos, poblando el aire con sus gritos.

Luego al terror sucedió el desorden. Todos empezaron á correr aquí y allá, sin saber á dónde, empujándose, atropellándose, y dando tales alaridos, que aumentaban la consternación y el conflicto general.

El único pensamiento de aquella despavorida multitud era la fuga... Las madres huían con sus hijuelos entre los brazos... Aquí se veía á un joven que conducía á su anciano padre, allá otro cargado con sus joyas de mas precio, mas allá enfermos que se arrastraban por el suelo, buscando su salvación en la cueva mas profunda, y por todas partes escenas de luto y desconsuelo...

De repente interrumpió aquel concierto de gritos y lamentos, el tañido grave y solemne de la campana de la catedral, y en medio del gentío apareció el santo obispo, llevando la imagen del Crucificado, y seguido del cabildo, que cantaba con voz temblorosa el *Miserere*.

Entre tanto, Cayetano habia llegado al castillo, juntamente con los centinelas, cuyo grito de alarma habia puesto en movimiento todas las fuerzas de la guarnición.

—¡Tío! ¡tío! gritó el jovencillo al ver al anciano gobernador que salía á su encuentro, pronto... pronto...

—¿Qué haremos? exclamó éste consternado, al ver las bocanadas de negro humo que ya oscurecían el ambiente.

—En este ángulo está el acopio de carbon, dijo Tomaso Piccoli, el jefe de los artilleros.

—¡Abrid! ¡abrid! gritó Cayetano.

Electrizado por aquella voz enérgica, Piccoli se adelantó hácia la puerta de hierro exterior, y la abrió.

Pero se necesitaba un valor sobrehumano para penetrar en el edificio.

—Así que el aire, dijo, llegue á comunicarse con el fuego, es probable que estalle la pólvora, y sobre hallar una muerte instantánea el que se atreva á entrar, apresurará la catástrofe espantosa...

Este razonamiento era tan justo, que todos se miraron unos á otros, y la idea de huir tuvo cabida hasta en aquellos veteranos, que tantas veces habian desafiado la muerte en el campo de batalla.

—¡Cuidad de mi madre, gritó Cayetano en medio del lúgubre silencio, sed sus hijos, á vosotros la confío! ¡Oh Virgen de los Angeles, recíbeme en tus brazos!

Y el heroico joven, arrancando las llaves de manos de Piccoli, atravesó el patio, se avanzó á la puerta interior y la abrió; pero salió una columna de humo tan densa, que tuvo que volver á cerrar para no quedar ahogado, y aunque fue tan rápido su movimiento, un fuerte olor de pólvora se esparció por el ambiente. Los circunstantes despavoridos quisieron huir...

—¡Un farol! ¡un farol! gritó Cayetano.

Diéronle un farol encendido, y el animoso joven volvió á abrir la puerta, cerrándola tras sí, despues de haber penetrado en aquel volcan ardiente ó mas bien segura tumba...

—El valor es una chispa eléctrica que se comunica hasta á las mas pusilánimes: nadie pensaba ya en huir.

Todos los circunstantes cayeron de rodillas; todos levantaron las manos al cielo...: ¡Ni oraban, ni gemían... Parecían de mármol. Hay minutos que son siglos interminables...

Y entre tanto el humo se condensaba, y rojas llamaradas culebreaban ya por las paredes...

De repente se abrió la puerta. Cayetano apareció entre un torbellino de humo y llamas, trayendo en sus brazos una caja de pólvora, cuya superficie estaba ardiendo...

Depúsola en el suelo, y arrojó sobre ella un cubo de agua... el fuego se apagó.

—¡Viva Jesus crucificado! exclamó el pueblo levantándose en masa; ¡viva! ¡viva!

—¡Seguidme, dijo Cayetano, el peligro ha cesado: he separado las cajas de pólvora del carbon encendido, venid, venid!...

Los mas animosos se precipitaron en pos de él.

Cortado el fuego del umbral, penetraron en el interior del edificio, y estrajeron hasta treinta cajas de pólvora, que estaban inmediatas á las ascuas encendidas.

Vióse entonces claramente que un rayo, habiendo penetrado la noche anterior en el edificio, habia roto, incendiándolo, el pie de una de las mesas de roble, sobre las cuales estaba colocado el carbon. La mesa debió caer, esparriando por el suelo el combustible, el cual, encendiéndose por grados, fue por grados ganando terreno, hasta llegar al sitio en donde estaban amontonadas las cajas. Lo mas maravilloso del suceso y lo que mas probó la protección divina, fue que por un inconcebible descuido, el pavimento estuviere cubierto de granos de pólvora que se habian vertido algunos dias antes, al tiempo de extraer las necesarias provisiones, y que el fuego hubiese estado allí reconcentrado, por espacio de diez horas, sin estallar, á pesar de hallarse rodeado de tantas materias inflamables.

Aunque con suma lentitud, por lo inespugnable del muro, que estaba construido á prueba de bomba, lograron por fin entre todos aislar y extinguir completamente el fuego, y entonces cuanto habia sido grande la aflicción, fue inmenso y delirante el júbilo, que se amparó de todos los corazones. Durante aquel dia, solo se habló de Cayetano; de su generosa abnegación en sacrificarse por todos y de su valor heroico.

—A Nuestro Señor Crucificado debemos el milagro, decían los piadosos cremascos, pero Cayetano, el modelo de los hijos, ha sido elegido para realizarlo.

Al cabo de quince dias, hombres y mujeres, ancianos y niños, acudían en tropel á la catedral, una de las mas bellas de Italia, en donde debia celebrarse una magnífica función de gracias al Todopoderoso...

La iglesia estaba llena de flores y espléndidamente iluminada.

Al lado del altar mayor, sentado en un sillón de terciopelo, cubierto por un dosel, se hallaba Cayetano, cuyo rostro expresaba un dulce júbilo. Bello, modesto, y de modales finos y distinguidos, era el objeto de todas las miradas, el objeto de todas las bendiciones.

Su madre, arrodillada á pocos pasos de allí, daba gracias por su inmensa felicidad, á la bendita Virgen de los Angeles.

Acabada la ceremonia religiosa, el gobernador, escoltado por los oficiales superiores, se adelantó hácia el joven.

—En nombre de su señoría la república de Venecia, paz y salud, Cayetano de Vecchj, hijo benemérito de la patria, dijo el anciano con voz conmovida; hé aquí la medalla que su señoría me ordena colocar sobre tu noble pecho, hé aquí la justa recompensa de tu valor heroico. ¡Arrodíllate, Cayetano, y bendice á la serenísima república que premia tus servicios!

El joven se arrodilló.

Todos los circunstantes vertían lágrimas de enternecimiento y de alegría.

—Anejo á esta medalla, prosiguió el gobernador mientras la colocaba con mano trémula sobre el pecho de Cayetano, va tu nombramiento de capitán y tu título de nobleza. ¡Paz y salud, de Vecchj!

Y el gobernador retrocedió algunos pasos.

Entonces se adelantó el representante público, Gerónimo Pasqualigo, seguido de todos los síndicos, y poniendo sobre la cabeza del joven una corona, cuyas hojas eran de plata y las flores de oro y piedras preciosas, le dijo con tono solemne.

—¡Este es el tributo que te rinde la ciudad de Crema agradecida!

Y cuando los síndicos se retiraron, la multitud se acercó con santo respeto á Cayetano, y los mas entusiastas levantándole en sus brazos, le sacaron del templo, y le condujeron en triunfo por las calles de la ciudad, hasta llevarle á una casa que no era la suya; á una casa magnífica, casi un palacio, alhajado con riqueza y esquisito gusto.

—¡Cuanto ves aquí, le dijeron, te pertenece! Carpinteros, tapiceros, doradores, sastres, todos han trabajado gratuitamente para tí. Para tí han trabajado las nobles damas de Crema, dedicándote esos finos lienzo, y todos los nobles, todos los comerciantes, se han desprendido de sus mas bellos cuadros, de sus mas preciosos objetos para enriquecer tu casa... ¡Dichoso tú, Cayetano! ¡Benditos los hijos que así honran á su madre patria!...

—¡Oh, no! exclamó el joven con entusiasmo, bendita la madre patria que así recompensa á sus oscuros hijos!...

Entonces salió de entre la multitud un anciano: era su tío.

—¡Tú, en premio de mi dureza, le dijo con voz temblorosa, me has salvado honor y vida!... ¡Hé aquí mis brazos abiertos!... ¿quieres precipitarte en ellos?...

—¡Madre! ¡madre! exclamó Cayetano; la Virgen ha hecho el milagro por completo! Ella nos dá con el bienestar el corazón de mi tío!... ¡Venid, venid, y confundámonos los tres en un estrecho abrazo!...

La historia ha conservado, unido á este portentoso acontecimiento, el nombre bendecido de mi abuelo, que pasará á la mas remota antigüedad trasmitido de siglo en siglo...

Aquella medalla, aquella corona, aun se conservan en su casa, cuyos antiguos muebles pregonan la gratitud de Crema...

¡Oh, quién me diera, Enrique, atravesar montes y mares, para poder besarlas antes de morir, para poder exhalar sobre ellas mi postrimer suspiro!

ANGELA GRASSI.

LA ARAÑA Y LA MOSCA.

(TRADUCCION DEL INGLÉS.)

«Ven conmigo y subamos esta escalera, de escalones formada de hilos de seda, y en mi aposento verás, lo que ambicione mas tu deseo;»

«No, no,—dice la mosca— porque he escuchado que quien subió por ella nunca ha bajado.»

«Si á cansarte llegara tanta subida,

descansarás en lecho de tela fina, sábanas blancas, tejidas por mi mano, cubren mi cama.»

«No, no,—dice la mosca— porque sospecho que es muy pesado el sueño de este tu lecho.»

«Verás en mi despensa muchos estantes,



Entrada del Gran Capitan en Nápoles.

que sostener no pueden
tantos manjares;
si arriba subes,
podrás saciarte en todos
los que tu gustes.»
No, no—dice la mosca—
porque he sabido
de quien entró en tal sitio
y no ha salido.»

«Adios, pues cuerdo insecto
de alas de gasa,
que dos plumas parecen
tornasoladas;
cuyo zumbido
se asemeja al murmullo
de un manso rio;
solo un deseo tengo
y es de que veas
en mi espejo de arriba
tanta belleza.»

La araña satisfecha á lo alto se encarama,
en un rincon prepara su tela tan sutil,
y su cena dispone, y entreteje una cama
y á la puerta se sale tal canto á repetir:

«Adios, pues, cuerdo insecto
de alas de gasa,
que dos plumas parecen
tornasoladas;
cuyo zumbido
se asemeja al murmullo
de un manso rio;
solo un deseo tengo
y es de que veas
en mi espejo de arriba
tanta belleza.»

Y entre tanto la mosca sube y sube despacio
y mas y mas se acerca á sitio tan fatal;
sus temblorosas alas acortan el espacio,
ya nada la separa... ya traspasó el umbral.

MELCHOR DE PALAU.

LA EDUCACION DE LAS SERPIENTES.

Kempfer, dice un periódico, nos explica el cómo se arreglaba un bracman para amaestrar serpientes que luego vendia enteramente domesticadas. Conservaba 22 en otros tantos vasos de barro vidriado, bastante capaces para que las serpientes pudiesen ejecutar sus movimientos con facilidad, y tapados con una cobertera. Cuando el calor del sol era moderado, hacia salir las serpientes de su vaso una despues de otra, y las ejercitaba por mas ó menos tiempo segun el grado de hábito á que habian llegado, y segun los progresos que habian hecho. Luego que la serpiente, despues de haber salido del vaso, empezaba á huir, el director con una varilla, la hacia volver la cara, y en el instante en que la serpiente iba á tirarse sobre él, la presentaba el vaso, del cual se servia como de un escudo para parar sus golpes; de modo que viendo el animal la inutilidad de todos sus esfuerzos, se veia obligado á retroceder. Esta especie de lucha se continuaba por espacio de un cuarto ó media hora, y durante aquel tiempo la serpiente, teniendo siempre su piel hinchada y enseñando los dientes, seguia todos los movimientos del escudo que le oponian. Asi se acostumbraba la serpiente poco á poco á enderezarse por sí misma luego que se le presentaba el vaso, del cual se prescindia luego sustituyendo la mano cerrada, conteniéndose el animal por no chocar contra el obstáculo que de continuo tenia delante de sus ojos. El charlatan acompañaba la danza de la serpiente con una cantinela para completar la ilusion del espectáculo. Pero como á pesar de su destreza y de sus precauciones, podia ser mordido y perder la vida, habia tenido antes el cuidado de quitar á la serpiente su veneno, haciéndola morder repetidas veces un pedazo de paño, en el cual dejaba su venenoso licor. Era preciso que

la operacion se repitiese varias veces, pues el veneno se renueva, y tambien era necesario cuidase de que la serpiente no comiese sobre todo yerba fresca, pues el veneno se reproducia casi instantáneamente. Con tales requisitos, si el charlatan era mordido, quedaba con una leve herida; pues es fácil adivinar que aquella raiz, cuyas virtudes eran tan encomiadas, no podia tener la de preservar de las mordeduras del reptil.

PENSAMIENTOS.

Cuando el rey dice: «¿Como aumentaré mi poderio?»—Los altos dignatarios se preguntaban: «¿Cómo enriqueceré mi casa?»—Los pequeños funcionarios y la gente del pueblo: «¿Cómo podré hacer fortuna?»—

Meng-Tseu.

Adquiere, pero no vendas nunca la verdad, la sabiduría, la instruccion ni la prudencia.

Salomon.

Cuando el fuego cae de la cima de un volcan lo mismo abrasa el vil pedernal que las piedras preciosas. Un funcionario sin virtud es todavia mas destructor que el fuego de los volcanes.

Chu-King.

Los que sirven á una parte de los ciudadanos y descuidan á los otros introducen en el Estado la mas funesta de las plagas, la sedicion, la discordia: de ahí provienen los nombres de amigos del pueblo, de amigos de la gente honrada. Muy pocos hay que sean amigos de todos.

Ciceron.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.
PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.
En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.